

78114

EL FOMENTO DE LAS ARTES.

DISCURSO

LEIDO

EN EL AÑO SOLEMNE DE LA APERTURA DEL CURSO DE 1884 A 85

POR EL PRESIDENTE DE DICHA SOCIEDAD

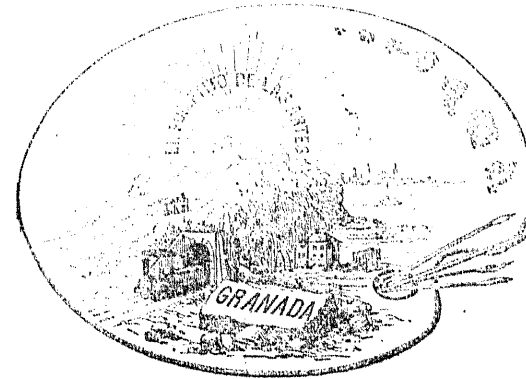
D. D. Rafael García Álvarez,

MEMORIA

leída por el Secretario primero de la misma

Don Antonio Travesi Castellote,

LICENCIADO EN DERECHO.



GRANADA:

IMP. DE «EL DEFENSOR DE GRANADA».

1884.

R. 28165

EL FOMENTO DE LAS ARTES.

DISCURSO

LEÍDO

EN EL ACTO SOLEMNE DE LA APERTURA DEL CURSO DE 1884 A 85

POR EL PRESIDENTE DE DICHA SOCIEDAD

Dr. D. Rafael Garcia Álvarez,

Y

MEMORIA

leída por el Secretario primero de la misma

Don Antonio Travesi Castellote,

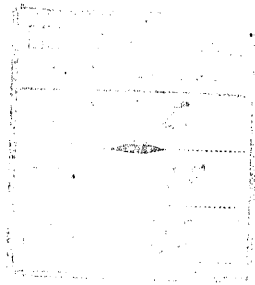
LICENCIADO EN DERECHO.



GRANADA:

IMP. DE "EL DEFENSOR DE GRANADA".

1884.



Señoras, Señores:

I.

ASISTIMOS á una solemnidad, que no por ser modesta, es menos importante y de orden más trascendental, que tantas otras, que con más ruido y aparatoso movimiento despiertan la general curiosidad y atraen á ellas universal y escogida concurrencia.

El Fomento de las Artes de Granada, tan útil como simpática institución, nacida hace tres años á impulso de generosos y elevados sentimientos, y respondiendo á una necesidad de la época, celebra hoy la apertura de sus estudios y trabajos correspondientes al año escolar de 1884 á 1885.

Elegido por mis consocios para desempeñar en el presente curso el delicado cargo de Presidente de esta popular corporación, cumpro en este momento solemne con mi primer deber, sometiendo á vuestra reconocida ilustración un punto de elevadísima y trascendental importancia para el progreso de la humanidad, que bajo diferentes fases ha sido tratado ya por ilustres pensadores y que formulo así:

“LA MUJER SEGÚN LA CIENCIA Y LA CIVILIZACIÓN MODERNAS.”

Ya veis, señores, que no he exagerado la importancia del tema por mí elegido. Lo que sí es innegable, es el atrevimiento

por mi parte al intentar abordarlo en los estrechos límites de un discurso, y confiado solo para suplir mi deficiencia en vuestra benevolente discreción.

La etnografía y la historia nos demuestran con toda evidencia, que la familia es un hecho sociológico, que como todos los de la Naturaleza, está sometido á la ley universal de la *evolución*.

Estudiando las diferentes fases que la familia nos ofrece en las diversas razas humanas, vemos, aparte de la más sencilla y grosera que toca en la animalidad, que si bien la base de aquella es la mujer, constituyendo el matriarcado, las condiciones á que está sometida, pueden servirnos de seguro criterio para apreciar el grado de cultura y civilización de los pueblos. La mujer, sin duda, es física y fisiológicamente inferior al hombre; y esta debilidad ha tenido como consecuencia para ella la opresión de que es y ha sido objeto: opresión tanto más ruda y brutal, cuanto más rudimentario es el estado de la sociedad de que forma parte.

Para el australio, como para todas las razas inferiores y no completamente emancipadas de la animalidad, la mujer es un fugaz instrumento de placer, un simple animal doméstico y una reserva de alimento en caso de necesidad. No experimentando hácia ella su salvaje propietario afección alguna, la estima como una cosa de poco valor, y rara vez perece de muerte natural, sirviendo de pasto las más al brutal apetito de su dueño. En la Nueva Caledonia, en Viti, como en casi todas las islas de la Melanesia, la condición de la mujer es tan dura é inhumana como en Australia. En África, si bien las tribus negras no se comen de ordinario á la mujer, tiene á su cargo los trabajos más penosos en unión de otros animales, porque el hombre, cazador ó guerrero, no se ocupa de otros asuntos. Entre los fuegios, en la América meridional, la mujer es una bestia de carga, y como recompensa de los duros trabajos á que está sometida, cuando ya no puede prestar sus servicios, se la ahoga con humo de madera verde y sirve de alimento después. Suerte parecida es la que tiene en las demás comarcas salvajes de este

gran continente, á excepción de los antiguos peruanos, que habiendo alcanzado un grado de cultura superior, al hombre solo era al que estaban encomendadas las más penosas obligaciones.

En las variadas comarcas del extenso continente asiático, vemos también sometida la mujer á condición mas ó menos dura, según el estado de cultura de los pueblos que las habitan. Cuna de la más antigua civilización, notamos ya en este gran continente algo mejorada la suerte de la mujer por una división un poco más equitativa del trabajo. Sin embargo, en las tribus nómadas de la Mongolia el hombre solo se ocupa de apacentar los ganados, cazar y galopar constantemente de *iurta* en *iurta*, estando encomendados á la mujer todos los demás quehaceres y gozando de bastante libertad. En el Tibet, donde la organización social es teocrática, aunque desempeñando las funciones más rudas, goza de una gran libertad y el adulterio no se considera como delito. La mujer en China está en perpétua sujeción, no come con su marido, ni con los hijos varones, sirve en silencio á la mesa, enciende las pipas y no tiene el derecho ni aun de tocar á los restos de la comida de aquellos. En Birmania no pueden penetrar en el recinto de los tribunales; declaran desde la puerta; y los maridos tienen el derecho de alquilar sus mujeres á los extranjeros, no estimándose en cosa alguna la castidad de las jóvenes. Entre los afghanes es un objeto de tráfico y se vende y compra según les conviene. La situación de la mujer en la India, allí mismo donde la influencia y sangre arya han dominado, está determinada, aún en la actualidad, por los preceptos sagrados del Código de Manú: "La mujer, dice, depende durante su infancia, de su padre; durante su juventud, de su marido; en su viudez, de sus hijos ó de sus parientes paternos; y á falta de estos, del soberano. Debe estar siempre de buen humor, reverenciar á su marido como á su Dios. Viuda no debe pronunciar nunca el nombre de otro sinó el de su esposo perdido."

Aunque más soportable la suerte de la mujer en los pueblos de la Europa bárbara, todas las legislaciones antiguas consig- nan y expresan la servidumbre femenina.

Lo mismo que por los estudios etnográficos, cuya ligerísima reseña acabamos de apuntar, sabemos cuál ha sido y es en la actualidad la condición de la mujer en los diferentes pueblos del mundo; los estudios históricos nos prueban, que en el estado social antiguo era considerada por su naturaleza como un sér inferior al hombre, viéndose en ella algo de incompleto é impuro.

Al crear Platón su tipo Andrógyno, considera á la mujer solo como un complemento de la unidad del hombre. Moisés, Salomón y los Rabinos no la dan participación en las recompensas paradisiacas; y Mahoma también las excluye de su cielo, en el que las huríes son seres de naturaleza más delicada y superior que las mujeres terrenales; son ángeles femeninos destinados á hacer dulce y deliciosa la vida eterna de los elegidos.

Entre los primitivos atenienses, como en la Roma antigua, la mujer era considerada como una cosa poseída, y el padre, como el marido, podían legarla con la herencia, no teniendo el honor de comer con los hombres; de igual modo que lo que hoy tiene lugar entre muchas de las razas salvajes contemporáneas. Por las antiguas legislaciones griega y romana, las hijas quedaban desheredadas. La ley Voconia prohibía legarlas más de una cuarta parte del patrimonio, y solo á falta de herederos masculinos los viejos códigos germánicos permitían á las mujeres heredar las tierras.

Si leemos los escritores griegos y latinos, Eurípides, Simónides, Anacreonte, Sófocles, Ovidio, Juvenal, Plauto, Terencio, Tito Livio y Estrabón, por ejemplo, en todos ellos vemos consignados numerosos aforismos duros y severos contra los vicios y defectos femeninos, sobre los peligros del comercio con las mujeres, y sobre su perniciosa influencia.

Sin duda que el cristianismo rehabilita y emancipa á la mujer, hasta cierto punto, del materialismo pagano, y que reconociendo la igualdad de los sexos contra los errores y preocupaciones de la antigüedad, alcanza un puesto, que no tenía en la nueva sociedad que se inaugura. Pero el gérmen de desigualdad que contenía el mosaismo, se trasmite á la nueva doc-

trina, á pesar de las sublimes y consoladoras palabras de Jesús, "Mucho le será perdonado á la mujer, porque ha amado mucho". Además, la creencia, por una parte, en el pecado original, en que la mujer es el instrumento de la caída del hombre, y por otra, la idealización del celibatismo, que significa una protesta enérgica contra las seducciones de aquella, son poderosas causas que dificultan é impiden su definitiva rehabilitación:

Así se explica la ruda dureza con que, en general, es tratada la mujer por los padres de la Iglesia. San Pablo en su primera carta á Timoteo dice: "No fué Adán quién fué engañado, sinó la mujer, que habiendo sido seducida, fué la causa de la trasgresión". El matrimonio mismo que elevado á Sacramento santifica la igualdad sexual, es considerado, sin embargo, en los primeros años del cristianismo como una triste necesidad de la corrupción humana. Por eso contesta el mismo Apóstol á los Corintios, que sobre esta grave cuestión le consultaban: "Bueno sería á un hombre no tocar mujer.... Digo también á los solteros y á las viudas: que les es bueno si permanecen así; como también yo. Mas si no tienen don de continencia, cánsense. Por qué más vale casarse que abrasarse". San Gerónimo se expresa así: "Dirigios á las mujeres: conciben pronto, porque son ignorantes; hablan con facilidad, porque son ligeras; y retienen por largo tiempo, porque son testarudas". Y Tertuliano exclama: "Mujer, debías andar cubierta de harapos y de duelo, ofreciéndote al ajeno mirar como penitente deshecha en lágrimas, para rescatar la culpa de haber perdido al género humano. Mujer, eres la puerta del demonio. Tú rompiste los sellos que guardaban el árbol prohibido; tú violaste primeramente las leyes divinas; tú corrompiste á quién Satanás no quería atacar de frente; tú causaste la muerte de Cristo".

Veis, señores, que puede decirse en verdad, que lo que la mujer ganó con el régimen cristiano se debe particularmente al progreso social que resultó de la aplicación de los principios de esta nueva doctrina. Con efecto, dada la multiplicidad politeísta del paganismo que dividía las protecciones divinas, haciéndolo-

las antagonistas, no podían realizarse grandes progresos, porque la moral tendía, en el seno mismo de la familia, á un excesivo individualismo. El cristianismo, en cambio, haciendo depender de un solo principio Omnipotente las reglas uniformes y absolutas de la conducta privada y colectiva, arrastró también en el progreso general á la familia, haciéndola solidaria de la dicha común.

Si en el período belicoso y caballeresco de la Edad Media, la mujer constituía para el hombre una especie de culto á su hermosura física, más bien que á su belleza moral, inspirando la poesía amorosa de sus trovadores, siendo la reina de las justas y torneos, de cuyas anheladas manos recibía su premio el vencedor; su condición social era, sin embargo, la servidumbre. Reducida como estaba á manejar la aguja y la rueca, lo mismo en la más miserable aldea, que en el más suntuoso castillo señorial, vivía entregada de lleno á la superstición, permaneciendo sometida á una obediencia completamente pasiva.

Al inaugurarse el inmortal período del Renacimiento, parecía que, determinándose un impulso tan vigoroso en los pueblos de la Europa, la mujer gozaría de los preciosos beneficios de la civilización y cultura que representa esta gran evolución social. Pero no sucedió así. Bajo la influencia de las antiguas creencias, y desconocida por completo su elevada misión, se ve un peligro inminente en ilustrar é instruir á la mujer, considerando casi como un delito que supiera escribir; y solo tolerando que aprendiese algo á leer, para que pudiera hacerlo en algunos de los libros piadosos que en sus manos se ponían.

Si la inferioridad é impureza de la mujer era una opinión tan arraigada, si en algunos Concilios se había puesto á discusión: “¿Las mujeres tienen la misma naturaleza espiritual que el hombre?”: Si Simón Gedicus las hace proceder de un Satán hembra; si Acidalius las excluye radicalmente del género humano ¿Qué puede sorprendernos que en los siglos xvii y xviii apareciesen todavía numerosas publicaciones en estilo humorístico con el grosero título: “¿Son las mujeres seres humanos?”

¿Y nos pueden producir admiración las faltas y la conduc-

ta de la mujer de aquellos tiempos en todas partes, y en particular en nuestro país, cuando el hombre con su ejemplo y el absurdo sistema de educación adoptado para mantenerla en lo que inicualemente se dice, piadosa ignorancia, la colocaban en un estado de miserable abyección?

“¿Cómo extrañar, por tanto, dice Rodríguez Solís en su Estudio crítico sobre la mujer, la ignorancia, la superstición y el fanatismo de que tantas pruebas han dado y dan constantemente la mayoría de las mujeres españolas!... Pero el hombre se equivocó, como siempre, y la ignorancia trajo el escándalo; la superstición el libertinaje; y el fanatismo la inmoralidad.... Así, las tapadas de las magníficas comedias de Calderón, Tirso y Lope de Vega son tan devotas como poco recatadas; en el siglo pasado, y á compás del indigno libertinaje que reinaba en Francia, con el Regente primero y con Luis xv después, el Consejo de Castilla—1704—se vió obligado á dictar providencias, no ya contra las ramerías, sino contra las mujeres mundanas que asistían á los paseos públicos *causando nota y escándalo*: en palacio y en España, gobernó hasta su destierro la célebre cortesana Princesa de los Ursinos; y desde esta época hasta muy entrado el siglo actual, el moralista y el filósofo contemplan con profundo dolor aquella sociedad equívoca, compuesta de manolas y frailes, duquesas y toreros, comediantas y abates, petímetras y soldados, majas y covachuelistas, chulas y literatos, cortesanas y manolos, todos en revuelta confusión, marchando unidos, como un cuerpo y un alma, de las vísperas á los toros; de la procesión al ventorrillo; del sermón á la comedia; del rosario al bodegón; de la mesa de petitorio á la de la botillería; de la novena á la tertulia; del sarao al baile de candil.”

II.

Siguiendo, aunque á grandes rasgos, cómo hemos intentado hacerlo, las diferentes fases porque ha venido pasando el progreso evolutivo de la condición de la mujer, veis Señores, que

tratada primero como simple animal doméstico, es considerada después como esclava, como sierva luego, y como menor por último.

Compañera del hombre, del que recibe su iniciación, su moral y sus luces intelectuales, su condición mejora con el progreso social. La participación dada en los derechos civiles á la personalidad de la madre en las naciones cultas, y todos los demás á ellos inherentes, son resultado de este progreso en el tiempo.

¿Cuál debe ser, pues, la condición de la mujer, según la ciencia y civilización modernas? ¿Debe continuar, como pretenden sus adversarios, pues todavía tiene muchos, en el estado de esclavitud moral en que se la viene manteniendo, atendida su debilidad física é intelectual? ¿Basta para la dignificación de esta bella y encantadora mitad del género humano la concesión de limitados derechos, y la satisfacción que pueda producirla esas frívolas y pasajeras atenciones con que el hombre la rodea, cuando quiere hacerse agradable á sus ojos y obtener sus favores para olvidarlas y aun despreciarlas más tarde como inútil y pesado objeto? ¿Puede satisfacer á la mujer discreta continuar en ese estado de esclavitud secular en que el egoísmo masculino la mantiene, por más que haya cambiado el hierro de sus cadenas por el codiciado y deslumbrante oro? No, la ciencia y la civilización han abierto á la mujer más extensos é ilimitados horizontes, en que puedan desenvolverse de una manera más racional, útil y conveniente las variadas determinaciones de su actividad. Sér inteligente, como el hombre, su rehabilitación y verdadera emancipación dependen del más esmerado cultivo de su inteligencia. Dotada al mismo tiempo de esa esquisita sensibilidad en virtud de la que sus cualidades afectivas son siempre predominantes, la mujer desempeñará cumplidamente el triple é importantísimo papel que le corresponde en el seno de la sociedad, como directora y ama del hogar doméstico, maestra cariñosa é inteligente de sus hijos, y discreta, íntima y dulce compañera del hombre.

¿Es suficiente la educación actual de la mujer para desem-

peñar cual es necesario esta triple é interesante función? ¿Coser y bordar, atender á los quehaceres domésticos, cantar, tocar el piano, hablar una lengua extranjera y saber decir con soltura algunas expresiones convencionales, llenan cumplidamente los fines que se propone la educación racional que debe poseer según la ciencia y las crecientes exigencias de la civilización, atendida la influencia poderosa que la mujer ejerce en la sociedad moderna? Indudablemente que no.

Dueña ó directora de una casa pequeña ó grande, suya ó ajena, la mujer debe poseer nociones bastantes y exactas de las fuerzas y fenómenos naturales, de los que á cada momento encuentra constantes aplicaciones en la producción del calor y la luz, en la elección, preparación y conservación de los alimentos, en la limpieza, apreciación de las cualidades del aire, de la temperatura, la habitación y los vestidos. Dedicada al cuidado inmediato de sus hijos y destinada á iniciarlos en la vida de relación, debe poseer también algunas nociones claras, exactas y precisas de la organización del cuerpo humano, de sus funciones y de higiene general, que la coloquen en aptitud de aplicar racionalmente sus cariñosos cuidados á la conservación de la salud de aquellos, á despertar y dirigir la inteligencia de la niñez, mediante la oportuna y armónica educación de los sentidos. Por último, como esposa y compañera del hombre, la mujer debe saber lo que pasa en el mundo, lo que ocupa é interesa á su marido, interesándose á su vez en las grandes cuestiones que se agitan en el seno de las sociedades, en las conquistas y grandes manifestaciones del espíritu humano, simbolizadas por las ciencias, las artes, las invenciones, los descubrimientos y las costumbres.

La verdadera dignificación de la mujer, como su racional emancipación, consiste en educarla bien; no pretender hacerla sabia, como vulgar y ligeramente se dice, sino colocarla en aptitud de instruirse más por sí misma, por sus propias observaciones, su reflexión y su propio juicio. Mediante una educación bien dirigida y no de la superficial que generalmente se le da, la mujer adquiere esa vida individual, ese cultivo de la inteli-

gencia y del corazón, que la hace capaz de comprender la realidad y bellezas innumerables de la Naturaleza; las tendencias generosas de la humanidad para el progreso y la civilización; la alta misión que en la vida terrestre está llamada á desempeñar, haciéndola más fuerte ante las contrariedades y penas que tiene que afrontar, y aprendiendo mejor á hacer más dulce y más dichosa la existencia dentro del hogar doméstico.

Resultado de la influencia ejercida por las opiniones tradicionales sobre el papel que la mujer está destinada á desempeñar en la familia y en la sociedad, partiendo de su debilidad física é inferioridad intelectual, los antiguos adversarios y detractores así como muchos de los que todavía existen, sostienen que esta bella mitad del género humano no puede ni debe salir de la limitada esfera de actividad á que la naturaleza la ha condenado. Que todo lo que sea distraerla de las ocupaciones mecánicas del hogar doméstico es alimentar su vanidad y aumentar su orgullo, haciéndola olvidar sus deberes familiares, porque la mujer es mas bien propensa á todos los vicios efecto de la frivolidad y versatilidad de su carácter, é incapaz, por lo tanto, de las virtudes superiores y grandiosas concepciones que enaltecen y elevan al hombre.

Pero los que así piensan no reflexionan en que si la mujer, considerada en general, puede adolecer de todos los defectos que se le atribuyen, son estos los resultados de la herencia secular, dadas las condiciones brutales en que el hombre la ha mantenido, abusando de su superioridad. Si es cierto que física y fisiológicamente la mujer es inferior al hombre; si es verdad que no alcanza la fuerza y agilidad del sexo masculino, que la actividad de su cerebro no les permite, en general, elevarse hasta las grandes concepciones de la abstracción; las invenciones útiles y trascendentales en las esferas de la ciencia y del arte no les deben ningún descubrimiento importante, en cambio, por la educación se hace más discreta, más reservada y más pura, realizando mejor y más hábilmente los altos destinos que está llamada á cumplir. Repasando además la historia de las mujeres que en diferentes tiempos han adquirido alguna ce-

lebridad, vemos resplandecer en ellas virtudes y cualidades, que tanto enaltecen al sexo masculino, llegando en muchas hasta el heroísmo. Tan largo es el catálogo de las mujeres que se han hecho notables por su virtud, su valor, su saber y su heroicidad, que serían necesarios muchos volúmenes para estampar el nombre de todas ellas.

Bien conocidos son el de la casta Lucrecia, esposa de Colatino, que se suicida antes que sobrevivir al ultraje de Sexto, y el de nuestra compatriota D.^a María Coronel, viuda de D. Juan de la Cerda, que se desfigura el rostro, para sustraerse á la pasión que inspirara á D. Pedro I de Castilla. Los anales históricos registran también los nombres de Safo la célebre poetisa griega; el de Aspasia la distinguida maestra de la elocuencia; el de la desgraciada Hypatias, la sabia profesora de Alejandría; el de Eloisa, la célebre amante de Abelardo; el de Beatriz Galindo, sabia española del siglo xv, apellidada la latina; Isabel de Córdoba, tan notable por su hermosura como por sus conocimientos en el latín, griego y hebreo; Luisa María Enriquez de Luján, condesa de Paredes de las Navas, que honró á España en el siglo xvii; Sor Juana Inés de la Cruz, religiosa mejicana apellidada la décima musa; la ilustre doctora Santa Teresa de Jesús; Gertrudis Gómez de Avellaneda, conocida poetisa y escritora cubana; Cecilia Bohll, distinguida escritora sevillana, conocida generalmente con el pseudónimo de Fernán Caballero; Luisa Roldán, escultora; Ángela Pérez Caballero y Mariana Silva Bazán y Sarmiento, duquesa de Huesca y de Arcos, pintoras y académicas de la de San Fernando; y el de tantas y tantas otras, así españolas como extranjeras, que han ilustrado y en la actualidad ilustran con las fecundas producciones de su ingenio la República de las ciencias, de las letras y de las artes, en las que tan envidiable puesto han conquistado.

Si el valor heroico tan digno de alabanza y admiración es en el hombre, las mujeres de la antigüedad, como de los tiempos modernos, nos ofrecen de él valiosos y multiplicados ejemplos. Aparte del heroísmo de las mártires, que después de soportar con firmeza los tormentos más terribles, marchaban con

entusiasmo al suplicio sostenidas y alentadas por su fé, fijémoslos en algunas de nuestras compatriotas, que más de cerca lo simbolizan, como son: María Pacheco, la noble y animosa viuda del inmortal comunero Juan de Padilla, decapitado en Villalar por defender las libertades patrias; María Pita, la célebre heroína gallega; Agustina de Aragón, la denodada zaragozana de la guerra de la Independencia; y la heroína granadina, cuya abnegación, firmeza de voluntad y entusiasmo por la bienhechora idea de la libertad, es el baluarte inquebrantable en que se estrellan los tiros, las acechanzas y los concupiscentes deseos de la más innoble tiranía, haciendo inmortal el nombre de Mariana Pineda.

Que la ciencia y el arte no son deudoras á la mujer de ninguno de esos grandes descubrimientos, que tanto influyen en el progreso de la humanidad, así es en efecto; pero aparte de la diferencia relativa que pueda existir entre sus facultades intelectuales y las del hombre, y de la condición servil en que se la ha mantenido y todavía en general se la mantiene, dada la deficiencia de su educación, no se reflexiona, en que desde su juventud concentra toda su actividad y todo su sér en un arte superior, por medio del que, con paciente y admirable ingenio nos inicia en la vida humana, enseñándonos á balbucear las más sencillas articulaciones del lenguaje, despertando y dirigiendo los primeros albores de nuestra inteligencia.

“Entre los hombres y las mujeres, dice Montesquieu, las fuerzas serían iguales, si lo fuese también la enseñanza“. “Hacer hijos solo cuesta trabajo y dolor; pero el grande honor es formar hombres, y esto lo hacen mejor las mujeres que nosotros“ dice José de Maistre; según Monseñor Dupanloup: “La mujer, maestra en un principio del hombre, es luego su inspiradora, y más tarde su compañera en la desgracia“. “La mujer ilustrada, escribe el Doctor Salustio, está exenta de las supersticiones que degradan al alma, de la charlatanería y de la murmuración“.

“Debe conocer las ciencias y las artes; ejercitar su inteligencia y cultivar su entendimiento para comprender, auxiliar

y ponerse al nivel del hombre, siendo un precioso tesoro para sus hijos, cuya primera educación le pertenece“. J. Michelet, el inspirado poeta del Amor, se expresa así: “Toda mujer es una escuela, y de ella reciben las generaciones sus creencias. Mucho antes que un padre piense en la educación de su hijo, la madre le ha dado la suya, que no se desvanecerá seguramente. Es necesario que la mujer tenga una fé, una base fija de creencias arraigada en la razón, en la sencillez de su corazón, en la vía concordante y unánime del alma de las naciones“. En su Historia moral de la mujer, dice Legouvé: “Para conocer á un sér ¿qué se necesita? Conocerlo. ¿Y para conocerlo? Observarlo. ¿Y para observarlo? Tratarlo. Entre dos personas de igual inteligencia ¿cuál conocerá mejor al niño? ¿La que no le ve más que de paso, ó la que le dió vida, le vigila, le vela, le enseña las primeras frases, y cuando aun no sabe disimular, sorprende los secretos de su carácter y de su corazón? Hay mujeres que creen educar á su hijo dándole un maestro, como creen alimentarlo, porque le compran un biberón“.

“¿Quién convirtió á San Agustín, educó á San Juan Crisóstomo, salvó á San Basilio y santificó á San Luis? Su madre“. Severo Catalina se expresa de este modo en su libro sobre la mujer: “En cuanto á los partidarios intransigentes de la rueca y de la aguja, pueden fijarse en un libro cualquiera de Fernán Caballero, Cecilia Bohll, ó dignarse leer una escena de Alfonso Munio, ó un capítulo de la Sigee“.

Luis Büchner, el conocido autor de Fuerza y Materia, dice: “Si el europeo de hoy día excluye á la mujer de tantas carreras útiles, bajo pretexto de que su naturaleza no es propósito para seguir las, esta lógica se parece á la máxima bien conocida de los esclavistas, que niega al esclavo ó al oprimido en general, la aptitud de ser libre, negándole por consiguiente la libertad en interés del opresor.“ A su vez Radenhausen exclama: “Como quiera que sea, la mitad femenina del género humano tiene el derecho de exigir que se le permita ensayar lo que pueda hacer para ayudar al progreso de la humanidad en todas las ramas de la actividad humana, y que todos los caminos

para instruirse se le abran, así como á la mitad masculina de la especie.,

Y por último, el gigante de la elocuencia, el sábio profesor y eminente repúblico Emilio Castelar, en su precioso artículo sobre la mujer de Zaragoza, escribe: "El influjo del bello sexo sobre un pueblo, se conoce en las leyes civiles. El Asia no comprenderá el ministerio que ejerce la mujer en la vida moral y social, y la relegará por completo ¡pobre criatura! al serrallo. Vulgarmente se dice que griegas y romanas no ejercieron grande influjo en sus respectivas sociedades. Pero imposible fuera aquella cultura, jamás igualada posteriormente, de la gente helénica, sin el influjo de la mujer, cuyas delicadas manos ponen las cuerdas más vibrantes del sentimiento y del arte en nuestros corazones. Las bellas canéphas sostenían las cornisas de los templos; las volutas de las columnas copiaban los ornamentos de las mujeres, y sus coros y sus danzas embellecían las ceremonias religiosas. Podía escribirse la historia de Roma con solo escribir la historia de sus mujeres, desde Egeria á Lucrecia, desde Lucrecia á Virginia, desde Virginia á la madre de Coriolano, desde la madre de Coriolano á la madre de los Gracos, desde la madre de los Gracos á la esposa de Bruto y desde la esposa de Bruto á la última mujer de Augusto.,

Interminables serían las citas que pudiéramos acumular de pensadores de distintas escuelas, que enaltecen á la mujer, considerándola bajo su verdadero punto de vista y dándole el lugar que le corresponde en el seno de la familia y de la sociedad. Y ved, Señores, que de propósito nos hemos abstenido de consignar ningun pensamiento de tantas distinguidas escritoras que se han ocupado de la justa rehabilitación de su sexo, y entre las que honrosamente figuran muchas ilustres compatriotas nuestras, con el fin de dar á nuestras apreciaciones el mayor carácter de imparcialidad y severa justicia en que deben informarse escritos de esta natureleza.

La familia, que es el núcleo, la unidad, el elemento estable que surge ó nace inevitablemente en medio de todas las combinaciones humanitarias y sociales, si bien supone el poder

paternal, esta superioridad del hombre, no implica de su parte ningun derecho despótico y arbitrario sobre su compañera, ni menos significa desdeñ alguno respecto á sus facultades intelectuales y morales. Extender y vigorizar la enseñanza de la mujer mediante una instrucción acomodada á los tiempos, que la coloquen en aptitud, segun sus particulares disposiciones, hasta aspirar al triunfo en los estudios científicos y literarios, sin por eso distraerla de ninguna de las nobles y elevadas obligaciones de su sexo en el seno de la familia; debe ser la constante aspiración de todos los que comprenden, desligados de las absurdas preocupaciones de la tradición, el importante papel que la mujer tiene que desempeñar en el seno de las sociedades.

Reflexionad, Señores, en los felices resultados que la instrucción de la mujer produce allí donde su nivel se ha elevado á la altura de los progresos de la ciencia y las crecientes exigencias de la civilización, como en la República de los Estados-Unidos, por ejemplo, donde además del magisterio de la niñez á que con sin igual entusiasmo se dedican muchas, la mujer ocupa puestos importantes en Telégrafos; en diferentes oficinas públicas; en el comercio y casas de Banca, desempeñando sus funciones tan bien, sino mejor, que los hombres mismos. Conversad con cualquiera de esas discretas jóvenes que han recibido su instrucción en la Escuela española de institutrices ó Asociación para la enseñanza de la mujer; fundación importantísima, creada á través de graves contrariedades por la iniciativa del sábio cuanto virtuoso profesor y Rector de la Universidad central de inolvidable memoria, D. Fernando de Castro. Estudiad á la mujer en esa condición de superioridad moral en que la coloca una sólida y bien entendida instrucción, y vereis cómo emancipada y rehabilitada, adquiriendo vida propia, se hace más fuerte, más pudorosa y más discreta; modifica los vicios de su carácter, heredados á través de su larga esclavitud; aminora su prostitución; resiste con firmeza las intemperantes seducciones de que el hombre constantemente la rodea; asegurando un porvenir que á sí propia se debe, y no

temiendo á la miseria, se reservará el derecho de escoger, y no esperará el ser elegida, para luego, tal vez, ser abandonada y despreciada.

Pensad por último, Señores, y no olvidemos nunca, como dice Michelet, el sábio cuanto poético cantor de la belleza de la mujer, que de ella nacemos; por ella vivimos; por todas partes nos rodea; es la atmósfera que respiramos; y es siempre el elemento vivificador de nuestro corazón.

Y vosotras, encantadoras y hermosas mujeres granadinas, con vuestra eficaz y poderosa iniciativa, contribuid á la obra de la regeneración de vuestro sexo; confiad en el porvenir; que la ciencia y la civilización modernas han inaugurado ya el imperio indestructible del derecho y de la justicia, y que la generosa sangre vertida por Jesús, el mártir inmortal del Gólgota, fecundando la gran idea de la fraternidad universal, y matando todo espíritu de intolerancia, al salir de sus cárdenos labios en medio de las angustias de la muerte aquellas sublimes é inolvidables palabras de perdón para sus enemigos, con sus brazos extendidos en el suplicio, simboliza su despedida de la Humanidad, estrechándola á toda en un inmenso é inextinguible abrazo del más puro y eterno amor.

HE DICHO.

Señores:

MOMENTOS solemnes, actos de notable trascendencia son los destinados á inaugurar los trabajos de todo centro de enseñanza. Mas es inmensa la importancia de estas sesiones, cuando se trata de abrir un nuevo periodo donde el obrero pueda someter su alma á la salvadora influencia de la instrucción.

El bienestar individual y el interés público demandan juntamente la instrucción popular. El bienestar individual, para que el hombre se ponga en condiciones de alcanzar los beneficios inmensos de la virtud. El interés social, para que el ciudadano conozca las relaciones que debe mantener con el Estado y aprenda á respetar los sagrados fueros de la justicia. La ignorancia es una de las principales causas generadoras del vicio y el crimen. La instrucción es la vida del espíritu, la regeneración de la sociedad. Las ideas difundidas por medio de la enseñanza hacen desarrollarse los gérmenes de la civilización de los pueblos, depositados por Dios en la inteligencia, como las copiosas aguas desprendidas de la inmensidad de los cielos hacen florecer en los sedientos campos las fecundas semillas arrojadas en su seno.

Borremos, pues, la ignorancia de todas las clases de la sociedad. Mas fijémonos principalmente en los seres siempre agobiados por el trabajo y la desgracia; fijémonos en los que al recibir el primer rayo de luz sobre su frente no encuentran más fortuna que la de sus brazos, ni más calor, ni más virtud que el amparo y santas máximas de la familia ó las bondades de la Providencia.

El Fomento de las Artes cuya misión se cifra en instruir y mejorar á las clases trabajadoras, es por lo tanto una institución de indiscutible necesidad.

Ya se ha dado cuenta en otras ocasiones solemnes de los progresos obtenidos por esta Sociedad en los primeros días de su fundación. Hoy solo me corresponde en virtud de un deber inherente al cargo que desempeño en nuestra Junta directiva, hacer una reseña de la vida del Fomento de las Artes durante el periodo cuya clausura termina en este día.

Brillantísima apertura tuvo en nuestra institución el curso de 1883 al 84. El ilustrado catedrático de esta Universidad D. Federico Gutiérrez Jiménez, que presidía entonces esta Corporación, al hablarnos en dicha solemnidad acerca del trabajo, puso de manifiesto su rica imaginación y la profundidad de sus conocimientos. La bella y distinguida Srta. D.^a Pilar Lasala y los Sres. Arco Molinero, Ortega y Santaeraz, contribuyeron también a la amenidad del acto con la correcta lectura de inspiradas composiciones poéticas.

Notables fueron las conferencias semanales que se han dado en este Centro. En ellas nuestro dignísimo Presidente el reputado catedrático del Instituto de esta Capital, D. Rafael García Álvarez dió á conocer una vez más su vastísima erudición. Los Sres. D. Miguel Rabanillo y Robles, D. Agustín Rodríguez Lecea, D. Mariano Díez Alonso, D. Federico Gutiérrez Jiménez, D. Manuel Rodríguez Ávila, D. Ramón Ruiz Peralta, D. Ángel del Arco Molinero, D. Antonio Sánchez Balbi, D. Antonio Antrás Gómez y D. Luis López Jiménez, desarrollaron también en la tribuna temas de reconocida utilidad y demostraron todos su marcada competencia en los puntos que trataron. Para que se comprenda el carácter que revistieron esas disertaciones, recordaré que sus asuntos versaron sobre Geografía física; Enseñanza obligatoria; Excelencia y utilidad de las plantas; Breves consideraciones sobre el origen y porvenir de nuestro Planeta; Importancia y utilidad de los conocimientos químicos; Diferentes sistemas en que intenta basarse el derecho de propiedad y cual debe seguirse como verdadero; El trabajo y la agricultura; La Naturaleza nos enseña el camino del progreso, y Origen de la unidad nacional de España.

En las aulas de esta Sociedad se han explicado las asignaturas de lectura, escritura, aritmética elemental, gramática española, aritmética y álgebra, geometría, geografía, historia de España, dibujo, partida doble; y los idiomas francés, alemán é inglés, por los distinguidos profesores D. José Aguilera López, D. José Aguilera Garrido, D. Agustín Rodríguez Lecea, D. José Valladar Serrano, D. Joaquín Calvo Plaza, D. Ramón Ruiz Peralta, D. Bernardo Mora, el doctor Máximo Hertting, D. Mariano Díez Alonso, D. Francisco Visco Múrcia, D. Ángel del Arco Molinero, D. José Arturo Poggio, D. Serafín Noguera y D. Antonio Gutiérrez Hernández. Han asistido 84 alumnos á la clase de lectura, 102 á escritura; 51 á gramática española; 40 á geografía é historia; 84 á

aritmética elemental; 30 á aritmética superior y geometría; 28 á dibujo; 33 á idioma francés; 18 á inglés, y 12 á alemán.

Es digna de especial mención la velada artístico-literaria que se verificó en nuestra Sociedad para celebrar el segundo aniversario de su fundación. Las bellas señoritas D.^a Evelia Portas, D.^a Encarnación Torres, D.^a Paz Rodríguez, D.^a Carmen Sugerós, D.^a Micaela Reyes y D.^a Concepción Castro leyeron con perfección escogidísimas poesías. La no menos encantadora Srta. D.^a Angeles Muñoz Bocanegra y los profesores Sres. Guervós, ejecutaron admirablemente al piano notables composiciones. El Sr. D. Miguel García Noguero cooperó al esplendor de la velada luciendo sus excelentes dotes en el canto. Los señores D. Antonio Afán de Ribera, D. Ángel del Arco Molinero, D. Francisco Triviño, D. Manuel Casas Peral, D. José Arturo Poggio y D. Enrique Rodríguez Bueno, dieron á conocer versos originales. Los Sres. D. José Andrés Irueste, D. José Pous Espadas y el Sr. Arnau nos hicieron oír producciones debidas al ingenio de eminentes poetas, leyendo también D. José Pamias un excelente trabajo en prosa. El Sr. D. José Aguilera López en un notable discurso aconsejó á los obreros que conservasen el amor al trabajo y huyesen de las doctrinas de destrucción, que son la ruina de la sociedad.

Esta institución cuenta en la actualidad con 355 socios de número, 39 honorarios, 22 de mérito y 19 corresponsales. Su biblioteca se ha enriquecido con las obras donadas por los Sres. D. Rafael María de Labra, D. José Aguilera López, D. Antonio López Muñoz, D. Antonio Rubio, D. Francisco García Cuevas, D. Antonio Iglesias Biosca, D. Rafael Contreras, D. José Torongi y D. Ángel del Arco Molinero. El estado de los fondos con que cuenta esta Asociación, es altamente satisfactorio. Puede por lo tanto esperarse fundadamente un venturoso porvenir para el desarrollo del Fomento de las Artes.

Os he relatado los trabajos y adelantos de esta Corporación durante el curso pasado. Mas no quiero concluir esta Memoria sin dejar consignada en ella la actividad ilimitada y constancia inquebrantable de D. José Aguilera López, en cuanto se refiere á la prosperidad del Fomento de las Artes.

Perseveremos todos de igual modo en la gran obra de la redención del obrero. La perseverancia dá al filósofo el descubrimiento de los principios científicos, al mercader sus riquezas, al político el triunfo de sus ideales, al artista la gloria de sus obras famosísimas; la perseverancia hizo que el inmortal Colón, dominando infinitas contrariedades, enriqueciese con un nuevo mundo la corona refulgente de nuestra patria; el ardor guerrero y el sentimiento religioso trasmitidos de generación en generación durante siete siglos, consiguieron colocar al fin en Granada, sobre la histórica torre de la Vela, la gloriosa bandera de la

crístiandad; y la existencia misma del hombre conservada á través de los innumerables agentes que la combaten, no representa sino el constante desvelo, la bondad y la abnegación inextinguibles, el afecto frénético y perpétuo emanado del excelso corazón de una madre.

En Granada no faltan elementos para la vida del Fomento de las Artes. La esplendidez y diafanidad de su cielo, su exuberante vegetación, las purísimas auras de nuestros floridos cármenes, la caridad de nuestras hermosísimas mujeres, los santos consejos de nuestros padres, la magestuosidad de nuestros monumentos, que son perlas inapreciables del arte, el recuerdo de la historia de este bendito paraíso, que para ser totalmente privilegiado hasta las mujeres nacidas en su suelo han sabido sacrificar su vida en aras de la Libertad, todo nos está incitando á la práctica del bien; todo nos está infiltrando en el espíritu los impulsos generosos, el amor á las instituciones nobles, en una palabra, la veneración ferviente de cualquiera idea grande, desinteresada y patriótica.

Si aprovechando todos estos beneficios que la Providencia nos otorga, si protegiendo al obrero y esparciendo en su alma el rocío benéfico de la instrucción, apartamos de su hogar las lágrimas y la miseria, habremos cumplido uno de los más santos fines que el hombre puede realizar sobre la tierra, con la bendición del trabajador recibiremos la de sus hijos y avanzaremos triunfantes por la deliciosa senda del progreso que es la ley más gloriosa de la humanidad y el reflejo más fiel de un Ser Supremo.

HE DICHO.

